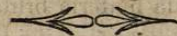


En vano será que los progresos de la civilización, el conocimiento de las verdaderas bases de la ventura general, y los desengaños adquiridos en medio siglo de desastres y ruinas, propendan à consolidar la paz de que gozan ahora las principales naciones de la tierra. Mientras ecsista el error, que una debe y puede prosperar sobre las ruinas de otra; mientras se crea que el comercio necesita para vivir y engrandecerse, los auxilios artificiales de una legislación puerilmente asustadiza, que destruye cuando intenta proteger, y aniquila cuando se propone vivificar; mientras se calculen las ventajas propias por las desgracias ajenas, y se multipliquen y fortalezcan las barreras que separan à los miembros de la misma familia, la mecha se mantendrá prósima à la mina, y bastará un impulso leve para provocar una esplosion espantosa, que frustre por mucho tiempo las esperanzas de la filantropía, y abra à la especie humana una larga série de infortunios.



CAPITULO V.

Influjo de la Libertad del Comercio en la industria fabril interior,



Uno de los mayores errores que se han cometido en Economía Política, es el de creer que un ramo de riqueza estorba el adelanto de otro; de donde ha provenido en los gobiernos la manía de averiguar cuál ha de ser el favorecido, y de proscribir ó encadenar à los otros que podrian hacerle sombra. Se han fatigado las juntas, las comisiones, los ministros, en esta infructuosa investigación; han tenido la presuncion temeraria de querer adivinar el secreto de la naturaleza, antes de darle tiempo de esplicarse, y han creido que à fuerza de reglamentos, podian someterla à su capricho, y obligarla à confirmar sus erróneos sistemas. El resultado ha sido diametralmente opuesto. Donde quiera que la autoridad se ha empeñado

en reglamentar el trabajo, éste ha esquivado su acción, y ha paralizado su energía. Durante la dominación árabe en España, sus tejidos de seda inundaban todos los mercados, y Sevilla y Granada eran emporios de opulencia. Pero cuando las ordenanzas de montes tomaron bajo su amparo las moreras, y multiplicaron las precauciones para aumentarlas y conservarlas, las denuncias, los pleitos y las multas, asustaron á los criadores, y los retrajeron de un cultivo tan fecundo en vejaciones y pérdidas. Desde entonces empezó á secarse aquel ramo de industria, hasta venir á parar en la nulidad comparativa á que hoy ha quedado reducido. «Todos los trabajos industriales, dicen los editores de la Revista de Edimburgo, cooperan al mismo fin. Si me decís que el labrador mantiene á la nación, y produce toda la materia bruta que las otras clases usan y emplean, responderé que si las otras clases no modificasen con su labor aquellos productos simples; si con estas modificaciones no satisficiesen las necesidades del labrador, tendría que hacerlo él mismo con sus manos, y por consiguiente, disminuiría la cantidad de frutos que de la tierra saca. En tan complicado sistema, es claro que todo trabajo tiene el mismo resultado, y contribuye á engrandecer la masa del trabajo común. No puede haber trabajo más infructuoso, que el que se emplea en averiguar cuál es la rueda que produce el movimiento de la máquina: movimiento, que es el producto de la combinación de todas las ruedas, y de cada una de ellas depende igualmente el simultáneo juego de todas.»

No solo, pues, es falso que el comercio externo es dañoso á la industria, sino que se puede asegurar que sin comercio no puede haber industria, y que donde existe, cualquiera que sea su estado, el comercio le proporciona

esclusivamente los medios de engrandecerse y perfeccionarse.

La primera de estas dos proposiciones, se refiere principalmente á la agricultura, cuyo más mortal enemigo, es el sistema de restricciones y prohibiciones, que la condena á restringir su fuerza productiva, cerrándole los mercados que le dan tanta energía y expansión. La tierra, en efecto, no es más que una vasta manufactura, y como todo establecimiento fabril, sin los estímulos de la salida y de la venta, se condena forzosamente á la inacción y á la nulidad. No concebimos un estado mejor de cosas en el orden económico, que el que presenta una nación eminentemente agrícola, que vende y esporta libremente sus frutos, y que recibe en cambio los del trabajo de otras naciones. Con respecto á este punto de vista, no hay diferencia alguna entre la agricultura y las fábricas, ó si alguna se encuentra, todas obran en favor de la primera. La agricultura produce géneros de primera necesidad, cuyo consumo no depende de las alteraciones en los hábitos de los pueblos, ni de los caprichos de la moda. Sus trabajos son más sanos y más libres que los de las máquinas y telares. El molde que da al carácter, y el giro que da á las ideas, más independientes y nobles, que los que se impregnan con el humo de las factorías, y con las emanaciones mortíferas de los compuestos químicos y metálicos. Y en cuanto á la importancia de sus retornos, véanse en las Verrinas de Ciceron los magníficos pormenores sobre la opulencia, el lujo, la abundancia que reinaban en Sicilia, cuando era el granero de Roma; véase el crecimiento de Odesa en ménos de medio siglo de existencia; véanse las florecientes poblaciones que se han fundado en las orillas del Ohio, y en otros puntos de la América del Norte, con los solos productos de la harina.

Pongamos en contraste estos magníficos cuadros, con los que ofrece la península española. ¿Qué región del globo podría rivalizar con aquella en la cultura de la tierra? “La España, dice uno de sus mas profundos y liberales economistas; esa región ó gran muralla que la naturaleza parece haber formado para contener el inmenso volúmen de aguas, con que el Océano y el Mediterráneo amenazan inundar la Europa, tiene una superficie de 15.000½ leguas cuadradas, cortadas por cinco sierras ó montañas, que, al paso que son otras tantas líneas militares de defensa, son igualmente otras tantas fuentes de riquezas, por el sin número de abundantes minas de todos metales que encierran, por la infinidad de amenos valles, deliciosas vegas, inmensas llanuras que forman, por el origen que dan á 340 rios, sin contar los grandes ó de mayor magnitud, que cortan y cruzan en toda direccion los terrenos bajos: fertilizando sus aguas 150 millones de fanegadas de tierra de 400 estadales de sembradura, que pueden producir los frutos contrarios del Norte y de la zona tórrida, y rendir los productos de todas las regiones y de todos los climas.

“Un número superior de fanegadas, se calcula y asigna á los montes, caminos, rios &c.; pero como declara un clásico español, ninguna parte hay en España estéril del todo.

“Empero en el número de fanegadas de sembradura, ecsisten en la actualidad mas de cuarenta y cinco millones de baldíos, que no necesitan mas que la mano del hombre, para ser considerablemente productores. Las provincias mas feraces de la Península, Andalucía y Estremadura, son precisamente aquellas en que hay menor número de propietarios, y en donde mas abundan estos terrenos abandonados é infuctíferos. En comunes y

concejiles, ecsisten 4,225.000 fanegadas fértiles y hermosas (1).

El valor total de los granos que produce el terreno cultivado, asciende á cerca de treinta millones de duros; y de éstos, el de los que se esportan, no pasa de dos y medio. Los vinos, frutas secas, lanas y otros productos agrícolas, que salen á otros países, aunque han tomado mucho incremento en estos años, no forman sino una pequeña parte de lo que podría ser en otras circunstancias. ¿Cuáles son los que contrarían tan enérgicamente las miras de la Providencia? La esclavitud del comercio.

Y por no repetir lo que ya hemos dicho sobre la imposibilidad de fomentar la agricultura cuando no se franquea la importacion, para que en cambio se franquée la esportacion de sus productos, nos contraeremos á hablar de dos prohibiciones que mas directamente atacan la industria agrícola: la del hierro y la del algodón. El hierro, que es uno de los primordiales elementos del cultivo, es tambien un objeto preferido de la ojeriza de los legisladores de mi patria. Se han tomado el trabajo de redactar una copiosa nomenclatura de los utensilios é instrumentos de hierro, comprendidos en sus anatemas, y allí figuran, desde la reja de arar hasta el candil, desde el catre hasta la marmita. Es verdad que el hierro en barras se permite, pero con un derecho de setenta reales de vellon, ó de sesenta y cinco en bandera nacional, un doscientos ó trescientos mas del precio primitivo, de lo que resultan los mismos efectos que de la prohibicion absoluta.

(1) Cinco proposiciones sobre los males que causa la ley de aranceles, por Preber. Lóndres, 1837.

Tambien es verdad que las provincias Vasconas, dan y manufacturan el hierro; pero el genio fiscal ha tenido buen cuidado en sobrecargar con un derecho de diez p^s, este producto nacional, en cuyo favor se escluye la rivalidad estrangera, resultando para el labrador el mismo sobrecargo artificial y oneroso, en los resortes principales de su industria.

Otro mal de grave consecuencia se origina de esta prohibicion de hierro manufacturado. La mejora y perfeccion de los instrumentos rurales, y la invencion de otros mas sencillos, eficaces y duraderos que los usados hasta ahora, constituyen uno de los principales ramos de la moderna Agronomia, ciencia que ha progresado últimamente de un modo maravilloso en Inglaterra, donde la química y la mecánica, la importacion de nuevas plantas ecósóticas, los trabajos de muchas sociedades agrónomas, los adelantos del arte de la aclimatacion, y los grandes premios anuales que se ofrecen á los criadores de productos mas perfectos, han cooperado igualmente y de consuno, en poner este ramo de conocimientos científicos, al nivel de los mas adelantados. De este modo el labrador español, privado de todos estos estímulos, y careciendo de los modelos que podrian ofrecerle los descubrimientos estranjos, permanece en sus antiguos hábitos y rutinas, emplea los mismos utensilios e instrumentos que se empleaban hace tres siglos, y su sistema rural no sale de la infancia.

Estos efectos se dejan ver en Francia, todavía en mayor escala, pues aunque allí se cultiva la tierra algo mejor que en España, esta diferencia no está en proporcion con la que se observa entre el estado respectivo de las otras partes del saber humano en las dos naciones. Continuamente se están quejando los escritores franceses, de la inferioridad de su agricultura, con respecto á la ingle-

sa, la alemana, y aun la lombarda y toscana. En Francia tambien se escluye el hierro manufacturado estrangero, y esta es una de las causas de aquella diferencia. "En Francia, dice uno de sus mas celosos agrónomos, se aran 22.818,000 *hectares* de tierra, á razon de una reja por trece *hectares*. Resultan 1.500,000 rejas. Calcúlese el uso de cada una en cincuenta *kilogramas* de hierro; lo que compone la suma total de 75.000,000 *kilogramas*. A razon de 90 francos el 100, hacen la suma de 67.500,000 francos. Con la concurrencia del hierro inglés y aleman, pagariamos, en lugar de 90, 45 francos, es decir, exactamente la mitad. Si se añaden 7.000,000, que es lo ménos que deben añadirse por otros artículos de la misma materia, el sacrificio que hacen los labradores á las ferreñas, por instrumentos que en otros mercados podrian comprar mas baratos, y de mejor calidad; tendrèmos el enorme valor de 40.750,000 francos." (1)

Este mal, aunque harto grave en sí mismo, no se limita á la clase que cultiva, sino que se estiende á la que consume, pues de sus bolsillos sale el costo de la produccion, y éste crece en proporcion del valor de los objetos que en ella se han empleado. De modo que en Francia estos 40.750,000 francos, y en España una suma que no bajará de 4.500,000 duros, aumento de precio en granos, emanado del mismo origen, pueden considerarse como otras tantas contribuciones tiránicas, y que no benefician al erario, impuestas sobre el alimento, y cuyos beneficios individuales son átomos imperceptibles, en parangon de los males que ocasionan.

Vengamos ahora al algodón, y dejemos hablar al economista que hemos citado últimamente. "¿Se favorece,

(1) El duque de La Roche-Foucauld, citado por Pebrer ib.

ó al contrario, no se atenta á la agricultura, prohibiendo totalmente la importacion de los algodones, de un tejido universalmente indispensable; de una manufactura, que se puede decir que viste á la especie humana? La mayor parte de la poblacion española se halla dedicada á las labores del campo y ganadería; vive, depende, ó está conecionada con aquella clase. El consumo, pues, que hace de las manufacturas de algodón, recae por consiguiente, sobre ella, y viene en un último resultado á influir en sus productos. La diferencia que hay entre el valor que actualmente se le obliga á pagar por todas las manufacturas de algodón que usa, bien sean nacionales ó extranjeras, y el que le costarian sin la prohibicion, forman una diferencia enorme. Quizás pasa de 14.500,000 duros anuales: carga ó contribucion que recae esclusivamente sobre los consumidores: pero, como la clase agrícola y sus dependencias constituyen la mayor parte, ó mas bien, las tres cuartas partes de aquella, resulta que aquella exorbitante contribucion recae sobre la agricultura.... Inútil sería perder el tiempo, y detenernos en demostrar que igualmente han de entorpecer las prohibiciones, otra base preciosa de la riqueza nacional, es á saber, la minería. La explotacion de las mas numerosas, ricas y abundantes minas, en que la España es superior acaso á todas las naciones de Europa, no puede verificarse, miéntras que la ley actual de aranceles continúe en vigor. Cuantas razones, cuantos hechos hemos espuesto con respecto á la agricultura, aun se aplican con mas fuerza, si cabe, á la explotacion y abono de las minas. Sin hierro barato, sin maquinaria, sin instrumentos bien contruidos, es imposible conseguir ventajas en este ramo. Seria una quimera dedicarle capitales, y un absurdo pretender poner en movimiento este ramo preciosísimo de nuestra riqueza, por

la evidente razon de que no podrémos ofrecer á precios equitativos en los mercados del mundo, el azogue, el plomo, el azufre, el cobre, el carbon de piedra, el hierro mismo, por la subida de los jornales, en fuerza de las prohibiciones ó altos derechos; porque prohibida la introduccion del hierro, de la maquinaria, de los instrumentos mas bien acabados, de los utensilios mas bien adaptados al trabajo de las minas, nos privamos de los verdaderos medios de beneficiarlas; porque, ofreciendonos las naciones mas industriosas las manufacturas de hierro, y los instrumentos mas perfectos, casi al mismo precio que á sus compatriotas, escitarán la emulacion de nuestros fabricantes, y hallándose de nuestra parte las incomparables ventajas con que la naturaleza ha privilegiado la riqueza de nuestras minas, bien pronto deberán hallarse en estado de no necesitar de ausilios estraños: en fin, porque si como se ha demostrado, las leyes que prohíben la entrada del algodón y del hierro, se dirigen de hecho á impedir el adelantamiento, y á destruir la agricultura y la minería, causan perjuicios á la nacion toda, alterando el equilibrio que debe predominar en la distribucion de las contribuciones." (1)

La esposicion de las razones en defensa de la primera proposicion sentada en el ingreso de este capítulo, nos ha conducido, por un enlace natural, á la confirmacion de la segunda, á saber: que el comercio proporciona esclusivamente á la industria, los medios de engrandecerse y perfeccionarse.

En cuanto al engrandecimiento, es una verdad demostrable, que la necesidad de pagar las importaciones, obli-

(1) Pebrer

ga imperiosamente á los hombres á crear los productos que han de dar en cambio. Suprimase el comercio, y se estingue aquella necesidad, el trabajo desfallece, sus productos se disminuyen, y la industria muere. El empuje que da el comercio á la industria, y la elasticidad con que ésta se estiende á favor de la energía que aquel le comunica, se echan de ver en la diferencia entre el valor de los capitales que respectivamente emplean, y ponen en movimiento. En Inglaterra, segun un documento oficial publicado recientemente por la Cámara de Comercio de Manchester, el comercio exterior emplea anualmente un capital de 175.000.000 de duros. Las manufacturas de algodón, lana, hierro y loza, absorven 500.000.000, que unidos al capital secundario, importe de la venta de sus productos por mayor y menor, calculado en 120.000.000, forman el total de 620.000.000 de duros, creados á favor de los 175.000.000 arriba mencionados; es decir, una suma quince veces superior á todo el capital monetario circulante en el Reino Unido. (1)

Y en cuanto á la perfeccion de los productos de la in-

(1) La circulacion varia en Inglaterra de 150 á 200 millones de duros, suma que parece inferiormente desproporcionada á las que se mencionan en el texto: 1.º, por medio del crédito que reposa en aquel país en bases solidísimas, la buena fé y la severa y pronta administracion de justicia. 2.º en el sistema de bancos de depósito, porque librando cada especulador sobre su banquero, los bancos balanizan sus cuentas al cabo del año, y muchas veces, despues de una circulacion inmensa, por medio de los *cheques*, ó letras á la vista, suele resultar una diferencia insignificante. A, entrega á su banquero el *cheque* librado por B. contra el suyo. Los dos banqueros tienen sus cuentas pendientes, y sin desembolsar una libra esterlina, se consuma el negocio, que dió origen al pago. En el acto de la liquidacion entre los dos bancos, en vista de la muchedumbre de pagos y cobros que entre los dos se han hecho, siempre por medio de *cheques*, sucede muchas veces, que las dos sumas totales casi se equilibran.

industria nacional á favor del estímulo que le imprime el comercio, como todos los pueblos no pueden sobresalir igualmente en todos los ramos de trabajo; como esta excelencia depende de sus respectivas aptitudes naturales, de los descubrimientos que el acaso ó el ingenio han producido en cada uno de ellos, ó de los sucesos fortuitos que en diferentes territorios han contribuido á la mejora de las labores que en ellos se practican, es claro que sin el comercio, no pasarian de unos á otros los modelos, las mejoras, los amaños que recíprocamente pueden ofrecerse, de que resultaria el atraso perpetuo de la industria, excepto en aquel departamento esclusivo en que cada uno sobresale. Un célebre ministro inglés ha dicho en el parlamento: "En 1786 empezó á admitirse en Francia la vajilla de loza inglesa: el resultado fué, que en pocos años los franceses trabajaban una lozeria tan buena como la nuestra. Por el contrario, cuando empezamos á admitir el paño francés en nuestros puertos, el que fabricábamos nosotros, era de muy inferior calidad. Pero teniendo á la vista lo que hacian nuestros vecinos, imitamos perfectamente sus paños, los vendemos como franceses, resultando un artículo mucho mejor y mucho mas barato, que el que producíamos ántes de la prohibicion. Lo mismo ha sucedido con las sederías y los guantes. Se me dijo en el parlamento que las sederías y guantes de nuestras manufacturas, eran tan inferiores á los franceses, que si llegáramos á admitirlas, no pudiendo rivalizar con ellos, se cerrarian nuestras fábricas. Se admitieron, gracias á la política ilustrada de Mr. Huskisson, y ahora estos productos de nuestra industria, rivalizan con los mejores de la estrangera (1)." Este mismo caso se ha repetido en Es-

(1) Lord John Russell, en la sesion del parlamento de 7 de Mayo de 841. Podria haber añadido, en confirmacion de su doctrina, que el año

pañá, donde la fabricacion de paños, que ha tomado y sigue tomando tanto incremento, se hallaria en su infancia, sin los modelos de Louvier y Sedan. Mas tarde tendremos ocasion de observar, al ecsaminar el decantado sistema restrictivo, adoptado en Francia en tiempo de Luis XIV bajo el ministerio de Colbert, que los progresos de las manufacturas, hechos á la sombra de aquella medida, se debieron esclusivamente al comercio, en cierto modo, libre, que le habia precedido.

Pero ¿á qué nos fatigamos en citar hechos particulares, que podriamos acumular hasta lo infinito, cuando tenemos delante los principios de la ciencia, que no son otros, que los mas sencillos y luminosos del sentido comun? Supongamos una nacion sin comercio, y dígasenos, ¿en qué empleará su trabajo, sino en satisfacer las primeras necesidades de la vida? ¿Qué impulso la estimulará á producir mas allá de lo que estrictamente necesita? ¿Puede, en este caso, aspirar á mas en su trabajo, que á evitar privaciones, de cualquier modo y con el menor esfuerzo posible? ¿No es esta la historia de todas las naciones atrasadas? ¿Ha salido jamas alguna de ellas de este entorpecimiento, sin recibir un impulso exterior? Ultimamente, sin el incentivo del provecho y sin el estímulo del cambio, ¿para qué han de condenarse los hombres á las fatigas de la manipulacion, y por qué han de salir del reposo á que su naturaleza los inclina?

anterior se introdujeron en Francia tegidos de seda, por el valor de trescientos mil duros: hecho muy notable, que prueba los maravillosos efectos de la competencia.

CAPITULO VI.

Influjo de la libertad de comercio en las costumbres publicas

— 3 —

Pocos han sido hasta ahora los economistas que han considerado las vicisitudes de la riqueza pública, los manantiales de que emana, los resortes que la fomentan y los giros que toma en su consumo, bajo el importantísimo punto de vista de la moralidad de los pueblos. Y en verdad, separada de sus relaciones con la Etica social, y no mirando en ella, sino una coleccion de recetas destinadas al aumento de la prosperidad material, la economía política no seria digna del puesto que hoy ocupa en la clasificación de los conocimientos humanos. Pero estos dos géneros de estudios son inseparables. El predominio de la virtud ó del vicio, que es la gran cuestion en que estriba la felicidad de las familias humanas, pende de las modificaciones legislativas de su riqueza y de su trabajo. No